

La muerte del rey: La historiografía hispánica (1200-1348) y la muerte entre las élites

EMILIO MITRE FERNÁNDEZ *

La sociedad europea en la plenitud del Medievo fue testigo de un notable enriquecimiento de los testimonios de tipo historiográfico. En algunos casos se trató de la prosecución de una vieja tradición compilatoria que se reforzaba por la adición de nuevos pasajes a ciertas obras marco. En otros casos fue la proliferación de crónicas e historias de nuevo cuño. La cada vez más intensa utilización de las lenguas vulgares contribuyó a dar una mayor difusión y popularidad a los textos narrativos ¹. El hombre europeo amplió, así, en estos años, el horizonte de su cultura histórica.

* Universidad Complutense. Madrid.

¹ Las siglas que vamos a utilizar, corresponden a los textos más comúnmente empleadas. Son las que siguen:

— C. abr.: «Crónica abreviada» de don JUAN MANUEL, ed. de J. M. Blecua, en *Obras Completas*, vol. II, Madrid, 1983.

— CE: *Crónica de España*, versión castellana del *Chronicon Mundi*, de Lucas de Tuy, ed. J. Puyol, Madrid 1926.

— CGC 1344: *Crónica General de España de 1344*, ed. de L. F. Lindley Cintra, Lisboa, 1951.

— CJL: *Crónica*, de LOAYSA, J. DE, ed. Agustín Ubieto, Valencia, 1971.

— CLRC: *Crónica Latina de los reyes de Castilla*, ed. L. Charlo, Cádiz, 1984.

— GCB: *Gesta Comitum Barcinonensium*, ed. L. Barrau-Dihigo y J. Massó, Barcelona, 1925.

— LQGC: *Les quatre grans croniques*, ed. F. Soldevila, Barcelona, 1983. Recoge las crónicas de Jaime I, Desclot, Muntaner y Pedro IV. Los ordinales que vamos a usar son los que a los monarcas les corresponden como reyes de Aragón.

— Op: *Opera*, de XIMÉNEZ DE RADA, R. Comprende «De Rebus Hispaniae», «Historia Romanorum», «Historia Ostrogothorum», «Historia Hunnorum, Vandalorum, Suevorum, Alanorum et Silingorum» e «Historia Arabum», reed. de M. D. Cabanés, Valencia, 1968.

Estas y otras circunstancias, permitieron una mejor verificación de los hechos o, cuanto menos —y esto es lo que ahora nos interesa— de las distintas actitudes que se pudieron adoptar ante ellos. El posicionamiento ante el más común de los hechos —la muerte— resulta así mejor rastreado pese a que contemos con un serio hándicap: el que los protagonistas de los textos cronísticos sean, la mayor parte de las veces, personajes de élite. En la misma medida, habría que añadir, que los propios narradores.

Pese a estas indudables limitaciones, pensamos que existen situaciones y actitudes que conviene analizar para proceder, en último término, a la valoración más adecuada.

I. LA MUERTE: ENTRE LAS REFERENCIAS PUNTUALES LAS EXPOSICIONES CIRCUNSTANCIADAS

Resulta obvio que la distancia en relación con los hechos narrados condiciona profundamente la actitud y el interés del compilador hacia ellos. De ahí que, cuando se hable de muertes distantes en el tiempo éstas se vean reducidas a una mera y escueta referencia en la que los vocablos e imágenes utilizados son resultado de los préstamos de compiladores sucesivos. Si, por el contrario, se trata de una muerte de la que el cronista/historiador se encuentra próximo en el tiempo, las circunstancias que la rodean aparecen expresadas con mucho más detalle.

Un vistazo, por ejemplo, a las *Gesta Comitum Barcinonensium* es suficiente para percatarse de este hecho. Así, hasta entrado el siglo XI, cuando se habla de la muerte de los condes catalanes se dice «murió» sin más. Para Jaime I o Pedro III la atención del narrador ante este momento supremo, es mucho mayor. En el intermedio quedan los sumarios discursivos a las muertes de un Ramón Berenguer III —«morí aquí gloriosament»²— de un Ramón Berenguer IV —«morí aquí ple de gracia e de molts dies»³— o de un Alfonso II —«gloriosamente morí aquí en Jesu Chist»⁴—.

— PCG: *Primera Crónica General de España*, de ALFONSO X, ed. de R. Menéndez Pidal, Madrid, 1955.

² GCB, p. 130.

³ *Ibid.*, p. 132.

⁴ *Ibid.*, p. 137.

⁴ bis Sobre las enfermedades padecidas por algunos monarcas peninsulares —que en más de un caso acabaron por conducirles al sepulcro— trazó una panorámica hace ya años RUIZ MORENO, A.: «Enfermedades y muertes de los reyes de Asturias, León y Castilla», en *Cuadernos de Historia de España*, 1946. La conclusión a la que se llegaba (p. 100) era la de que «la patología y muerte de la mayoría de los reyes de Asturias, León y Castilla es ignorada. Sobre la primera se encuentran pocos datos y sobre la muerte, casi siempre las crónicas se

Bien de forma concisa, bien de manera prolija, la muerte narrada de los distintos personajes —monarcas la mayor parte de las veces— es un medio más de salvaguarda de su memoria y, en casi todos los casos, de glorificación de su actuación. La cada vez más acentuada lealtad dinástica —cemento de unión para un incipiente nacionalismo— contribuirá a rodear la muerte de aquellos monarcas más cercanos al momento de la exposición del cronista de todo tipo de manifestaciones laudatorias. La muerte es el fin de una vida gloriosa en la que los aciertos políticos pesan más que los fracasos, salvo algunas excepciones. La muerte del rey está rodeada de todos —o casi todos— los preparativos que distinguen la muerte de un cristiano que deja este mundo con todas las bendiciones de la Iglesia. Y la muerte del soberano, a la postre, es llorada por todos sus súbditos.

La muerte, en definitiva, y en especial la de los monarcas ^{4bis} que viven en el período entre 1200 y 1348, acaba convirtiéndose en una auténtica arma de propaganda política ⁵.

Estas mismas circunstancias nos conducen a valorar más aún las diferencias que la cultura histórica marca entre muerte natural y muerte violenta. La primera es la que acaba primando, presentándose como el fin normal de la vida biológica o —en muchos casos— como el necesario tránsito de una vida terrenal y limitada a otra eterna. La muerte de ciertos santos y, en menor grado, la de los monarcas del momento —y la de muchos de sus predecesores— se ajustan a este esquema hasta las últimas consecuencias ^{5bis}.

La muerte violenta —no martirial, por supuesto— y en especial la de paganos, infieles y, en algunos casos, malos cristianos, se presenta, por el contrario, como el lógico castigo a una vida de depravación, crímenes o persecución de la verdadera fe. La historiografía europea contaba con una vieja tradición que se remontaba al siglo IV: la recogida en la obra de Lactancio ⁶ para quien la cólera divina no espera al fin de los siglos para castigar a los perseguidores, sino que es en vida de éstos cuando un conjunto de maldiciones se ceban sobre ellos y sus familias. Este tipo de esquemas se repetirían insistentemente en lo sucesivo y la literatura histórica recogería tal tradición.

limitan a decir que falleció de muerte propia, que terminó su vida, que murió en paz o simplemente que murió. Sería imposible en estos casos aventurar un diagnóstico».

⁵ Idea ésta destacada para la cronística portuguesa del siglo XV por ADAO DA FONSECA, L., en su exposición en la XIII Semana de Estudios Medievales de Barcelona, 1985, dedicada a *La muerte en la Edad Media*.

^{5bis} La muerte como «dormición en el Señor», esencialmente hagiográfica se incorporó a la más común historiografía. Vid., BEAUVAIS, V., que la aplica a Santo Domingo («obdormivit in Domino») en *Speculum historiale*, col. 1271, Douai 1624 y a San Francisco («in Domino foeliciter obdormivit») *Ibid.*, col. 1274. Pero también la aplicará a una persona tan difícilmente canonizable por su conducta personal como Felipe Augusto. *Ibid.*, col. 1274.

⁶ En su conocida *La muerte de los perseguidores*. Reciente ed. de R. Teja, Madrid, 1982.

En este caso, resulta paradigmática la muerte del emperador Valente en la batalla de Andrinópolis, en el 378, al tratar de detener a los visigodos forzadores del limes danubiano. Un siglo aproximadamente posterior a Lactancio, Paulo Orosio presenta la muerte de este emperador, abrasado en la casa en la que se refugió herido, creando un curioso simil: las llamas consumen su cuerpo de la misma forma que consumen las almas de aquellos godos que habían arrianizado años atrás por su culpa ⁷.

Esta figura se irá reiterando en la tradición historiográfica compilatoria: la recoge Isidoro de Sevilla ⁸ y a lo largo del siglo XIII la reiteran Lucas de Tuy ⁹, Ximénez de Rada ¹⁰ y, al final, Alfonso X que dirá que «Et esto fue a grand derecho, porque el que diera a quemar en los fuegos dell infierno con su heregía tan fermosas almas cuemo las de los godos, que fuesse quemado dellos en el fuego temporal» ¹¹.

Los monarcas germanos arrianos no salen mejor librados en el momento de su muerte, aunque ésta no vaya forzosamente acompañada de violencia física. La simple infelicidad o intranquilidad de espíritu acaba bastando. Las compilaciones del período 1200 a 1348 se hacen eco también de los clichés del pasado. Así, se dirá de Hunerico que: «impium sua restituit incentori» ¹². De Trasamundo se dirá que: «impium spiritum Carthagine exhalante» ¹³. Y de Hermerico que: «sub gentilitatis errore vitam infeliciter consummavit» ¹⁴. Del frustrado rearrianizador de los visigodos, Viterico, se dirá que: «assy como ou matou por spada, assy morreu por spada» ¹⁵. La figura de Leovigildo, siempre presta a todo tipo de juicios de valor, puede quedar mejor librada si tenemos en cuenta que, en el momento de la muerte, se le concede el beneficio del remordimiento ¹⁶.

Los más duros improperios van dirigidos a Mahoma en el momento de su muerte. La acentuación de la fobia antiislámica en la historiografía del Pleno Medieval es un hecho patente y ello permite la proliferación de cierto tipo de imágenes ¹⁷. Para Ximenez de Rada, por ejemplo, el fundador del

⁷ *Historias*, ed. E. Sánchez Salor, vol. II, Madrid, 1982, p. 248.

⁸ En *Historia regum gotorum, vandolorum et suevorum*, en «España Sagrada», vol. IV, pp. 477-478.

⁹ CE, p. 169.

¹⁰ Op, p. 25.

¹¹ PCG, p.

¹² Op, p. 237.

¹³ *Ibid.*, p. 237.

¹⁴ *Ibid.*, p. 239.

¹⁵ CGE, 1344, p. 206.

¹⁶ *Ibid.*, p. 199.

¹⁷ Destacado recientemente por BARKAI, R.: *Cristianos y musulmanes en el Medieval hispánico*, *passim.*, Madrid, 1984.

Islam «moritur et sepultus est in inferno»¹⁸. Para Alfonso X «dio luego ell alma al diáblo et morio»¹⁹.

Como contrapartida, la historiografía del período que tratamos, se haría eco de toda una serie de tradiciones que nos presentan imágenes de verdaderos cristianos de espíritu. Personajes que, por los méritos contraídos en vida verían sus almas luego sacadas del infierno y elevadas al paraíso: caso del emperador Trajano, salvado gracias a los ruegos del papa Gregorio Magno, que resulta paradigmático y que recogen Alfonso X²⁰ y don Juan Manuel²¹.

En todo caso, nos encontramos ante imágenes ya casi tópicas que se van repitiendo con el discurrir de los siglos. Y en todo caso también, la reducción de la muerte martirial en el lado cristiano para el período 1200-1348 (en contraste con su florecimiento en los inicios de la Iglesia)²² tiene su equivalente en una reducción también de las muertes violentas o con un sentido punitivo para el lado pagano en este mismo período (en contraste también con el énfasis que se la dio para etapas anteriores).

II. LA FIJACION DE UN LEXICO PARA LA MUERTE EN EL PERIODO 1200-1348

Dentro de unos esquemas en los que —como hemos ya adelantado— prima la muerte natural, los cronistas/historiadores del período que tratamos utilizan (aplicándolas esencialmente a las muertes de los reyes) una serie de expresiones a tener en consideración. Para otros autores del momento se han hecho algunos estudios en torno también al vocabulario para designar a la muerte²³.

A) La figura más tradicional (que podríamos encontrar ya ampliamente reflejada siglos atrás en la *Crónica de Alfonso III*) es la que habla de la enfermedad como causa de muerte. Es la «muerte propia», el «fin de la vida propia»... La cultura histórica compilatoria entre 1200-1348 aplica estas expresiones en múltiples oportunidades:

— Eurico: «morte propria vitam finivit»²⁴.

¹⁸ Op. p. 248.

¹⁹ PGG, p. 274.

²⁰ *Ibid.*, p. 145.

²¹ C. abr., p. 620.

²² Destado por VOVELLE, M.: *La mort et l'Occident de 1300 a nos jours*. París, 1983. p. 30. Ello no obstaculizó el prestigio del martirio, muy fuerte en esta época, como demuestra el éxito de la obra de VORAGINE, J. DE, cf. BOUREAU, A.: *La legende dorée. Le système narratif de Jacques de Voragine*, pp. 113-114. París, 1984.

²³ Por ejemplo, el de SAUGNIEUX, J.: «Le vocabulaire de la mort dans l'Espagne du XIIIème siècle d'après l'oeuvre de Berceo», en *Death in the Middle Ages*, Mediavalía Lovaniensia, 1983.

²⁴ Op. p. 35.

- Gundemaro: «adolescio et muriose de su muerte» ²⁵.
- Leovigildo: «defunctus propria morte» ²⁶.
- Sisebuto: «adolescio duna enfermedad et murió» ²⁷.
- Tulga: «propria morte decessit» ²⁸.
- Recesvinto: «quel dio una enfermedad onde ouo de morir» ²⁹.
- Ervigio: «murio de su muerte en la cibdad de Toledo este rey Ervigio» ³⁰.
- Egica: «propria morte Toleti moritur» ³¹, «murio esse rey Egica de su muerte en Toledo» ³².
- Pelayo: «acabó la vida propia» ³³.
- Alfonso I de Asturias: «propria morte vitam finivit» ³⁴.
- Aurelio: «murio esse rey Aurelio de su muerte» ³⁵.
- Vermudo el Diácono: «propria morte vitam finivit» ³⁶.
- Alfonso II de Asturias: «apud Ovetum morte propria consummatus» ³⁷.
- Ordoño I: «murio de propria enfermedad» ³⁸, «morbo podagrico interceptus, Oveti defunctus» ³⁹.
- Alfonso III de Asturias: «ibique proprio morbo coactus» ⁴⁰.
- Garcia I: «murio de propria enfermedad» ⁴¹.
- Ordoño II: «in infirmitate percussus vitam finovit» ⁴².
- Fruela II: Sampiro y Pelayo de Oviedo ennegrecieron su figura creando una serie de tradiciones en torno a su muerte que fueron transmitiéndose a las generaciones de cronistas posteriores. Así, su muerte será consecuencia de una terrible enfermedad: «fue ferido de lepra (y) fenescio la vida» ⁴³. Y así también la muerte por enfermedad será presentada como el acortamiento de los días para un hombre indigno: «por que o homen

²⁵ PCG, p. 268.

²⁶ Op, p. 38.

²⁷ PCG, p. 272.

²⁸ Op, p. 43.

²⁹ PCG, p. 283.

³⁰ PCG, p. 301.

³¹ Op, p. 61.

³² PCG, p. 303.

³³ CE, p. 278.

³⁴ Op, p. 80.

³⁵ PCG, p. 344.

³⁶ Op, p. 81.

³⁷ Op, p. 86.

³⁸ CE, p. 305.

³⁹ Op, p. 89.

⁴⁰ Op, p. 94.

⁴¹ CE, p. 305.

⁴² Op, p. 97.

⁴³ CE, p. 312.

que mal obra, non quer Deus que chegue ao tempo que ha de vyver, ante lhe encurta os dyas»⁴⁴.

- Sancho el Craso: «fenesco su vida»⁴⁵.
- Ramiro III de León: «murio de propria enfermedad»⁴⁶.
- Sancho III de Navarra: «fenesçio la en paz»⁴⁷.
- Fernando I de Castilla: «e morio desta dolencia»⁴⁸.
- Alfonso VII: «ibidem infirmitate vexatus, vitam finivit»⁴⁹.
- Alfonso Enríquez: «adolesçio e morio en Portugal»⁵⁰.
- Sancho I de Portugal: «e despues adolesco e morio»⁵¹.

B) Variante del esquema anterior es la visión de la muerte con algún aditamento: generalmente referencia a la preparación sacramental del moribundo. Esta es prácticamente la única diferencia que la literatura histórica compilatoria fija establece entre la muerte de personajes cristianos y paganos... cuando la establece.

Algunos ejemplos pueden resultar ilustrativos:

- Recaredo: «fez aspera peendença»⁵².
- Vermudo II: «fizo penitencia de todos sus pecados et entonces fino»⁵³.
- Alfonso V de León: «facta confessione, et sumpto viatici sacramento, vitam finivit»⁵⁴, «Confessose et recibio el cuerpo de Nuestro Señor Jhesu Cristo et fino allí»⁵⁵.
- Alfonso VI: «morió en lecho»⁵⁶.
- Fernando II de León: «obit apud Benaventum»⁵⁷.
- Alfonso X: «preventus fuit morte»⁵⁸.

C) La muerte tuvo su explicación «tecnico-teológica» más popular en una visión: la separación del cuerpo y el alma⁵⁹. Con ciertas efusiones de

⁴⁴ CGE, 1344, p. 483.

⁴⁵ CE, p. 321.

⁴⁶ CE, p. 324.

⁴⁷ CE, p. 401.

⁴⁸ C, abr., p. 744.

⁴⁹ Op, p. 156.

⁵⁰ C, abr., p. 778.

⁵¹ C, abr., p. 778.

⁵² CGE, 1344, p. 204.

⁵³ PCG, p. 451.

⁵⁴ Op, p. 111.

⁵⁵ PCG, p. 467.

⁵⁶ CE, p. 381.

⁵⁷ CE, p. 406.

⁵⁸ CJL, p. 24.

⁵⁹ Los medios académicos europeos plantearon este tema con bastantes matices. En el siglo XVIII, VOLTAIRE ironizaba diciendo que «Mil escolásticos vinieron después, como el

lirismo esta imagen puede entenderse como una subida del alma hacia Dios, una restitución del espíritu al cielo, etc.

Los ejemplos cronísticos son múltiples.

— Dario III: «envió el espíritu en las manos de Alexandre e muriose»^{89bis}.

— Leovigildo: «saliol ell alma et murio»⁶⁰.

— Recaredo: «fine pacifico migravit ad Christum»⁶¹, «et murio en Toledo mucho onrradamente et dio ell alma a Dios»⁶².

— Chintila: «dio el alma a Dios»⁶³.

— San Ildefonso: «dio ell alma a Dios»⁶⁴.

— Pelayo: «migravit cum Domino»⁶⁵, «Passosse deste mundo et dio ell alma a Dios»⁶⁶.

— Alfonso I: «foy voontad de Deus de o levar deste mundo para si»⁶⁷.

— Alfonso II: «inmaculatus spiritus ad coelo dimisit»⁶⁸, «dio el alma a Dios»⁶⁹.

— Alfonso III: «felicem spiritum suum restituit creatori»⁷⁰.

— El conde Sancho: «felicem spiritum sua restituit creatori»⁷¹.

— García IV de Navarra: «llagado, sin alma...»⁷².

— Fernando I: «dio el espíritu al cielo»⁷³.

— Sancho II de Castilla: «el cuerpo sin alma de su señor»⁷⁴, «saliole luego ell alma»⁷⁵, «saliosele luego el alma del cuerpo»⁷⁶.

— Alfonso VII: «dio el espíritu al Señor»⁷⁷.

Doctor Irrefutable, el Doctor Sutil, el Doctor Angélico, el Doctor Seráfico, el Doctor Querúbico, todos los cuales han estado muy seguros de conocer el alma muy claramente, pero que no han dejado de hablar de ella como si hubiesen querido que nadie entendiese nada». *Cartas filosóficas*, ed. F. Savater, Madrid, 1983, p. 92. La cultura popular y la cultura histórica medievales no se anduvieron con tantas sutilezas y emplearon las fórmulas más comunes.

^{59 bis} ALFONSO X: *General Estoria*, parte IV, cap. XXXIX.

⁶¹ Op., p. 39.

⁶² PCG, p. 268.

⁶³ PCG, p. 277.

⁶⁴ PCG, p. 283.

⁶⁵ Op., p. 79.

⁶⁶ PCG, p. 329.

⁶⁷ CGE, 1344, pp. 394-395.

⁶⁸ Op., p. 86.

⁶⁹ PCG, p. 358.

⁷⁰ Op., p. 94.

⁷¹ Op., pp. 99-100.

⁷² CE, p. 346.

⁷³ CE, p. 362.

⁷⁴ CE, p. 368.

⁷⁵ PCG, p. 512.

⁷⁶ CAbr., p. 750.

⁷⁷ CE, p. 401.

- Alfonso VIII: «beatum spiritum suum, qui dederat, estituit creatori»⁷⁸, «rendió el su bien aaventurado spiritu a Dios»⁷⁹.
- Fernando III: «su anima fue metida en la gloria durable para siempre»⁸⁰, «dio el espiritu a Dios»⁸¹, «murio et restituyó el espiritu al cielo»⁸², «le sallio el alma del cuerpo»⁸³.
- Jaime I: «animam reddidit creatori»⁸⁴.
- Alfonso X: «dio el alma a Dios»⁸⁵.
- Pedro III: «spiritum reddidit Deo uiuo»⁸⁶.
- Sancho IV: «dio el alma a Nuestro Señor Jesu Cristo»⁸⁷.

D) La muerte como fin de los días, el comienzo de otra vida, el paso de una vida a otra o de un mundo a otro, es imagen que se da en distintas ocasiones:

- Sancho el Craso: «in via moritur»⁸⁸.
- Godofredo de Bouillon: «paso deste mundo al otro»⁸⁹.
- Urbano II: «viam universae carnis ingresso»^{89 bis}.
- El Cid: «fizo muy buen fin»⁹⁰.
- Alfonso VI: «cumque ei vitae terminus immineret»⁹¹, «llegado ya el acabamiento de sus días»⁹².
- Conde Enrique de Portugal: «gastadas las carnes todas de su cuerpo fenesció la vida con gran deshonorra y fedor»⁹³.
- Alfonso VIII: «ingresus est viam universe carnis»^{93 bis}, «reversus est in Castella cum gloria magna atque feliciter vitae termino consummato, obiit in termino Arevali»⁹⁴.

⁷⁸ Op., p. 192.

⁷⁹ PCG, p. 708.

⁸⁰ CE, p. 448.

⁸¹ PCG, p. 773. De una manera similar, el señor de Joinville dirá de su primo San Luis: «rindió a nuestro Creador su espíritu», en «Histoire de Saint Louis», en *Historiens et chroniqueurs du Moyen Age*. París, 1952, p. 364.

⁸² CJL, p. 15.

⁸³ C. abr., p. 814.

⁸⁴ GCB, p. 61.

⁸⁵ «Crónica del rey don Alfonso X», en *Crónicas de los reyes de Castilla*, vol. 1, t. 66, de Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1953, p. 66.

⁸⁶ GCB, p. 92.

⁸⁷ «Crónica del rey Sancho IV», en *Crónicas de los reyes de Castilla*, vol. 1, p. 90.

⁸⁸ Op., p. 104.

⁸⁹ *La gran conquista de ultramar*. Madrid, 1877, p. 368.

^{89 bis} Op., p. 141.

⁹⁰ C. abr., p. 773.

⁹¹ Op., p. 146.

⁹² PCG, p. 645.

⁹³ CE, p. 391.

^{93 bis} CLRC, p. 41.

⁹⁴ CE, p. 416.

^{94 bis} Op., p. 192.

- Reina Leonor: «fuit rebus humanis exempta» ^{94 bis}.
- Alfonso IX: «ab saeculo migravisse» ⁹⁵.
- Gregorio IX: «viam universae carnis ingresso» ⁹⁶.
- Lope Díaz: «viam ingressus est universae carnis» ⁹⁷.
- Jaime I: «paso de este siglo» ⁹⁸.
- Fernando de la Cerda: «rebus est humanis exemptus» ⁹⁹.
- Pedro III: «paso de este siglo» ¹⁰⁰.
- Alfonso III de Aragón: «rebus est humanis exemptus» ¹⁰¹, «postquam igitur viam universae carnis ingresso est rex nobilis Ildefonsus» ¹⁰².
- Infante Pedro de Aragón: «pasó a mejor vida» ¹⁰³.
- Sancho de Castilla: «diem clausit extremum» ¹⁰⁴.

III. MUERTE E HISTORIOGRAFIA: LA PREPARACION ANTE EL TRANCE

Con especial atención a las figuras de los reyes, la historiografía medieval —y, en el caso que comentamos, la específicamente hispánica— dejó abundantes testimonios de lo que la Iglesia entendía era una buena preparación para la muerte. Este trance final podía así convertirse, no sólo en un ejemplo a seguir por la masa de fieles, sino también en un instrumento particularmente exaltador de las figuras de los monarcas. En algunos casos también —escasos— los momentos decisivos pueden servir al cronista para hacer una reprobación de ciertas actuaciones políticas de los soberanos.

En la producción cronística castellana hay ejemplos enormemente significativos.

En uno de los extremos podría situarse la figura de Fernando I, cuya muerte mereció especial interés para todos los cronistas. La tradición parece arrancar de la *Historia Silense* que, en sus páginas finales, presenta al monarca comulgando bajo las dos especies, despojándose de sus vestiduras y permaneciendo dos días en penitencia ¹⁰⁵. Esta figura se irá repitiendo

⁹⁵ Op. p. 203.

⁹⁶ Op. p. 208. En la CLRC se dice también de Inocencio III, p. 46.

⁹⁷ CLRC, p. 102.

⁹⁸ LQGC, p. 100 (referido a la Crónica de Jaime I).

⁹⁹ CJL, p. 18.

¹⁰⁰ LCGC, p. 586 (referido a la Crónica de Desclot).

¹⁰¹ CJL, p. 30.

¹⁰² GCB, p. 102.

¹⁰³ MUNTANER, R.: *Crónica*, ed. castellana de F. Jove, Madrid, 1970, pp. 388-389.

¹⁰⁴ CJL, p. 33.

¹⁰⁵ *Historia silense*, ed. J. Pérez de Urbel y A. González, Madrid, 1959, pp. 208-9.

en todos los testimonios cronísticos medievales hasta desembocar en Don Juan Manuel que presenta incluso a San Isidoro apareciéndose al monarca en el momento supremo ¹⁰⁶.

En una valoración opuesta —dentro de los testimonios castellanos— se puede situar la muerte de Alfonso X, tal y como la presenta el autor de las «Tres Corónicas», cuya redacción (según se admite comúnmente) comenzaría entre 1344 y 1350. En su agonía, el monarca recibe (por supuesto muy devotamente) los auxilios espirituales, pero, a la par, hace una pública confesión de remordimiento por todos los errores pasados. Y en especial por el daño hecho a «las mis villas e todos los ricos omes e ordenes» ¹⁰⁷. La cercanía de la muerte, de esta forma constituye una excelente ocasión para dar un sumario repaso —aunque sea por la vía de los agravios causados— a la triparticipación funcional en la que se articulaba, de acuerdo con las más clásicas visiones, la sociedad medieval.

También la muerte —al menos a nivel de popularización de la leyenda— puede mostrarse como juicio de Dios por alguna injusticia cometida. Es el caso de Fernando IV de Castilla, fallecido a los treinta días de haber pronunciado una injusta sentencia de muerte contra dos caballeros ¹⁰⁸. La muerte en este caso, además, lleva el agravante de no haber permitido, por lo inesperado, que el afectado pudiera ir acompañado de los correspondientes auxilios espirituales.

La muerte del cristiano por excelencia tal y como se recoge en la tradición historiográfica castellana, es la de otro Fernando: Fernando III. Hay de ella una cumplida referencia en la adición del *Chronicon Mundi* y una amplia exposición en la *Primera Crónica General* que concluye precisamente, con este episodio. El monarca solicita la comunión, se echa una soga al cuello, toma la cruz y se despoja de los atributos reales. Seguidamente toma una candela en sus manos «et adorola en creencia de Sancti Spiritu». Solicita a continuación perdón al pueblo y a cuantos están en torno a él, ordena a la clerecía rezar la letanía y el *te deum* y, a continuación, expira ¹⁰⁹. Exposición de los hechos que, de forma mucho más sucinta, recogería unos años más tarde don Juan Manuel ¹¹⁰.

Los gestos de esta muerte cristiana se han pretendido ver repetidos en otros textos ^{110 bis} que tienen un personaje histórico como protagonista, pero en los que el componente legendario acaba primando en la narra-

¹⁰⁶ C. abr., p. 744.

¹⁰⁷ «Crónica del rey don Alfonso X»,... pp. 64-65. Los remordimientos del monarca son puestos por el cronista como el lógico prólogo a la terrible crisis dinástica que se estaba abriendo.

¹⁰⁸ «Crónica del rey don Fernando IV», en *Crónicas de los reyes de Castilla*, vol. 1, p. 169.

¹⁰⁹ PCG, pp. 772-773.

¹¹⁰ C. abr., p. 814.

^{110 bis} En PCG, p. 662, se encuentran ya parcialmente en la muerte de Alfonso VII.

ción. Así, en el caso de Alejandro, personaje muy querido de los autores medievales, la muerte del héroe acaba pareciéndose mucho a la de un cristiano, ya que, al igual que Fernando III, «mandó que lo echasen del lecho en el suelo/ ca havie ya travado del alma el anzuelo»¹¹¹. Cosas similares se dicen, ante la muerte de un buen rey, en el caso de Apolonio que «finó commo buen rey en buena ffin complida»¹¹².

En lo que se refiere al último gesto sacramental ante la muerte —la recepción de la extremaunción— los testimonios cronísticos castellanos referidos a monarcas son bastantes irregulares.

Don Lucas de Tuy nos presenta a Fernando I recibiendo este postrer auxilio: se unge, se viste de cilicio, esparce ceniza por su cabeza...¹¹³. Se reiteran estos extremos en Ximénez de Rada¹¹⁴ y, por supuesto, en Alfonso X¹¹⁵.

La recepción de este último sacramento no aparece, sin embargo, en Fernando III a pesar del detallismo con que se rodean sus últimos momentos^{115 bis}. Pero sí está presente en el instante supremo de Sancho IV, quien «fizose ungir e rescibió todos los sacramentos de Santa Iglesia como rey muy católico»¹¹⁶.

La producción cronística de la Corona de Aragón no va a la zaga de la castellana en la exaltación de la buena muerte de sus monarcas, pese a las circunstancias poco claras que rodearon las de algunos de ellos.

Así, en las *Gesta Comitum Barcinonensium*, la muerte de Pedro II, que se produce luchando en el bando proalbigense, es presentada tratando de separar las razones políticas de las religiosas. Los ataques desmedidos de Simón de Montfort constituyen la «rahi solament, no per altra, vench en ajuda del comte de Tolosa». Pedro II muere en el campo de batalla, a diferencia de otros señores del Midi que huyeron cubriéndose con ello de deshonra¹¹⁷.

Jaime I, muere precisamente el día de Santiago, entregando la diadema y el cetro a su heredero y vistiéndose el hábito de cisterciense¹¹⁸.

Pedro III, cuyas relaciones con Roma habían llegado al extremo de la

¹¹¹ *Libro de Alexandre*, ed. J. Cañas Murillo, Madrid, 1978, p. 393.

¹¹² «Libro de Apolonio», en *Poetas castellanos anteriores al siglo XV*, vol. 57 de Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1966, p. 305.

¹¹³ CE, p. 342.

¹¹⁴ Op, p. 128.

¹¹⁵ PCC, p. 494.

^{115 bis} Ni tampoco aparece en la detallada muerte de un Alfonso VIII que «confessosse all arçobispo don Rodrigo de Toledo que era y, et reçibio ell cuerpo de nuestro Señor Dios, que es la vianda con que el alma del fiel ua pora parayso...» *Ibíd.*, pp. 707-708.

¹¹⁶ «Crónica del rey don Sancho IV», p. 90.

¹¹⁷ GCB, pp. 140-141. En la «Crónica de Jaime I», se recoge un detalle menos honorable: el que el rey había yacido la noche anterior con una mujer y se encontraba, por tanto, menos preparado espiritualmente para la batalla que sus contrincantes. LQGC, pp. 6-7.

¹¹⁸ GCB, p. 60.

ruptura, muere, «uero contritus, uero poenitus et confessus, Ecclesiae reconciliatus, omnia recepit ecclesiastica sacramenta»¹¹⁹. Esquema que también recoge Desclot cuando presenta al monarca dispuesto a confesarse públicamente «si honesta cosa era de fer» y recibiendo devotamente la comunión¹²⁰.

Es en Muntaner donde aparecen pormenorizados los últimos auxilios espirituales recibidos por los monarcas catalano-aragoneses, incluida la unción final. El carácter eminentemente encomiástico de la crónica tenía que llevar a su autor, forzosamente, a presentar a los protagonistas como dechados de buenos cristianos, y más aún en el momento supremo de la muerte.

Así se dirá de Jaime I que «confesó muchas veces y comulgó y luego le dieron la extremaunción, y tomó muy devotamente todos los sacramentos de la Santa Iglesia delante de todos»¹²¹.

De Pedro III dirá que tras recibir la comunión «pidió y quiso que le dieran la extremaunción, y así se hizo; de modo que recibió todos los sacramentos de la Santa Iglesia con gran devoción y contrición de sus pecados»¹²².

De Alfonso III se dirá que «recibió Nuestro Salvador Jesucristo y recibió la extremaunción»¹²³.

Con Jaime II se expresará en términos similares: «confesó y comulgó muchas veces y recibió la extremaunción y todos los sacramentos de la Santa Iglesia»¹²⁴.

IV. AL OTRO LADO DE LA FRONTERA DE LA MUERTE: LOS PRIMEROS SENTIMIENTOS DE UNA MEMORIA COLECTIVA

La preparación ante la muerte puede ser utilizada por los cronistas, según hemos visto, para exaltar las figuras de los reyes como fieles cristia-

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 92.

¹²⁰ LQGC, pp. 585-586.

¹²¹ MUNTANER: *Ob. cit.*, p. 65.

¹²² *Ibid.*, p. 314.

¹²³ *Ibid.*, p. 362.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 607, el propio MUNTANER extiende esta buena muerte de un monarca, hasta al rival de la casa de Aragón, Felipe III de Francia, a quien se presenta recibiendo todos los auxilios espirituales —extremaunción incluida— al sentirse morir tras cruzar el paso de Panissars. *Ibid.*, p. 305.

Otro autor del momento, JOINVILLE, presentará a San Luis haciendo otro tanto al agonizar delante de los muros de Túnez: consejos a su heredero, solicitud de los sacramentos de la Iglesia y recepción de la extremaunción. *Ob. cit.*, p. 364. La muerte de un rey en la cruzada acaba teniendo el valor de un sucedáneo del martirio.

Lo más tardío de estos testimonios (Muntaner, Joinville y otros) explica quizá una más sistemática introducción de la unción final, dado que, a estas alturas el sacramento podría ser más popular que en tiempos de cronistas anteriores.

nos y potenciar, consiguientemente, una lealtad dinástica entre sus súbditos. Las reacciones inmediatas de éstos ^{124 bis} contribuyen también —de una forma generalizada— a reforzar estos sentimientos.

En el caso castellano, aparte de la muerte de Fernando I, es la de Alfonso VI la que provoca un especial interés. Ya el obispo don Pelayo dice al respecto que: «ideo ploraverunt lapidas et manaverunt aquam» ¹²⁵. Imagen que, por la vía de estos y otros acontecimientos extraordinarios, se repite en Ximénez de Rada ¹²⁶ y en Alfonso X ¹²⁷. Y, de forma auténticamente ejemplificadora, la crónica de este último se rematará con un epígrafe en el que se dice que se van a narrar los milagros que Dios hizo a través de Fernando III. Ninguna expresión mejor para calibrar su santidad inmediatamente después de muerto ¹²⁸.

En diversas ocasiones y por distintos motivos, las muertes de los reyes son relacionadas por los cronistas con las distintas clases sociales. Bien sea por el sentido socialmente nivelador que tiene la muerte —algo ya casi tópico—, bien sea por los remordimientos de los monarcas ante los agravios generalizados que hayan inferido —caso del moribundo Alfonso X ya mencionado—, bien sea por el universal sentir ante la muerte de un determinado rey.

En la producción cronística de la Corona de Aragón estos últimos sentimientos colectivos están especialmente bien reflejados.

En las *Gesta Comitum Barcinonensium*, por ejemplo, se dice de Ramón Berenguer II: «de la qual mort fo gran dol e gran despagament en tota terra por la gran bonea que en ella era». Como contrapartida se habla de la muerte del fratricida Berenguer Ramón II, expulsado de su tierra y peregrino en ultramar ¹²⁹. La muerte de Ramón Berenguer IV causa «gran plor a tot son poble», más aún dados los graves riesgos de la consiguiente minoridad ¹³⁰.

En distintas ocasiones nos encontramos ante verdaderas recapitulaciones de las categorías sociales a fin de dar mayor énfasis al general sentimiento de pena por la muerte de un rey. Así, Desclot, ante el óbito de Pedro III dirá que «manaren gran dol e gran plor cavallers, e burgesos e ciutadans e altres homens de viles, de la mort d'aquell senyor dit; e plagueren lo mes que anc rei que fos en Espanya» ¹³¹.

^{124 bis} Para los monarcas franceses, ERLANDE-BRANDEBURG, E.: *Le roi est mort. Etudes sur les funeraillles, les sepultures et les tombeaux des rois de France jusqu'à la fin du XIIIème siècle*. París, 1 975.

¹²⁵ «Chronicon de don Pelayo», en *España sagrada*, t. XIV, Madrid, 1758, p. 474.

¹²⁶ Op., pp. 146-147.

¹²⁷ PCG, p. 645.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 774.

¹²⁹ GCB, p. 129.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 132.

¹³¹ EQGC, p. 586.

Muntaner, el gran exaltador de las glorias de la dinastía barcelonesa, será quien más manifiestas efusiones haga a la hora de narrar las muertes de los monarcas. Los sentimientos «interclasistas» por la muerte de Jaime I quedan expresados mediante una referencia a las diversas categorías que se encontraban presentes en el momento del entierro: «arzobispos, obispos, abades, priores y abadesas, religiosos, condes, barones, mesnaderos, caballeros, ciudadanos, hombres de las villas, y hombres de toda condición venidos de todas sus tierras... Y así yo creo que él está entre los santos en el Paraíso, amen»¹³².

Para Pedro III —en quien coexiste la amistad con cistercienses y frailes menores— se habla de su muerte en «presencia de todos cuantos en la cámara cupieron»¹³³.

De Alfonso III —que lega su cuerpo a los frailes menores de Barcelona, a diferencia de Jaime I que lo hace a los monjes blancos de Poblet, lo que significa una variante en las formas de piedad— se dice sobre su muerte que «si alguna vez se vio gran llanto, aquí fue, entre aquellos que habían perdido tan buen señor»¹³⁴.

El discurso sobre la muerte, tratándose de protagonistas monarcas, tiene otros múltiples matices, aunque, a la postre, todos giren en torno al mismo leitmotiv ya reseñado.

La propia producción cronística a través de los consejos de los reyes moribundos a sus herederos echaba las bases de unos incipientes testamentos políticos. En ciertos casos —Fernando III de Castilla como más tarde su primo Luis IX de Francia— contribuían a reforzar una mitología política que, de un lado, fortalecía los sentimientos de lealtad de los súbditos, y de otro, consolidaba un principio de continuidad que acaba dotándose de un peso superior al de la propia muerte.

Y, más allá de la producción cronística, el planto fúnebre enfatizará también sobre las virtudes de los monarcas¹³⁵. En unos casos, porque estas fueran consideradas la baza fundamental para la salvación eterna¹³⁶. En otros, porque la muerte del rey puede acarrear en el mundo un retroceso de las cualidades que le han rodeado en vida¹³⁷.

¹³² MUNTANER: *Ob. cit.*, pp. 65-67.

¹³³ *Ibid.*, p. 314.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 362.

¹³⁵ Sobre este tema, *vid.*, THIRY, C.: *Le plainte funèbre*, Bruselas, 1978.

¹³⁶ Así, el trovador Mateo de Caersí dirá, a propósito de la muerte de Jaime I que «todo el mundo ha de lamentar y sentir la muerte del rey con derecho y con corazón, pues nunca hubo príncipe mejor en nuestro tiempo aquende y allende el mar... Roguemos que pues a Jesús que se incline hacia él y lo preseve del profundo pozo donde Dios encierra a todos los ángeles malvados, y le de los gozos con los que el alma se conforma». RIQUEL, M. DE: *Los trovadores*, Barcelona, 1975, pp. 1542-4.

¹³⁷ El trovador Guillermo de Anelier dirá, a propósito de las muertes de San Luis y de Teobaldo II de Navarra en su cruzada a Túnez que «el cristianismo bajó dos escalones». *Cf.*

La muerte del rey en torno a 1300... o las reflexiones en torno a la muerte del rey y las circunstancias que la han rodeado —los preparativos propios de un buen cristiano, que son la culminación de la vida de un irreprochable cristiano la mayor parte de las veces— permiten hablar, en definitiva, de:

— La muerte como herramienta de propaganda política utilizada por cronistas o poetas. El monarca es, por lo general, universalmente llorado por sus súbditos.

— La muerte como un instrumento de propaganda religiosa, en tanto se rodea al monarca de todo tipo de virtudes y se le hace, por lo general, un sistemático cumplidor de todos los preceptos de la iglesia en lo que se refiere a la recepción de auxilios espirituales. La Iglesia romana lanzaba a la masa de fieles modelos para una buena muerte.

— La muerte como motivo de añoranza de un tiempo pasado que empieza a considerarse mejor en unos momentos en los que las posibilidades de expansión de la sociedad europea están tocando a su fin ¹³⁸.

A MODO DE CONCLUSION

Uno de los grandes maestros del medievalismo actual, G. Duby, ha podido escribir, a propósito de la muerte de un ilustre personaje de la Inglaterra de los Plantagenet:

LACARRA, J. M.: *Historia del reino de Navarra en la Edad Media*. Pamplona, 1975, p. 298. Y de Alfonso VIII se dirá que «murió y con él la gloria y la nobleza de Castilla», PCG, p. 707.

¹³⁸ Cuestión ésta que sigue siendo motivo de ardua controversia entre los medievalistas. Así, LABAL, P. ha hablado para el 1270 (muerte de San Luis) de una «sociedad bloqueada en el Occidente. *Le siècle de Saint Louis*. París, 1972, p. 110. RUIZ, T. F. ha considerado la toma de Sevilla por Fernando III (cuatro años antes de su muerte) como el momento desde el que se puede hacer arrancar la crisis que sacuda a la Corona de Castilla en el Bajo Medievo. *Sociedad y poder real en Castilla*. Barcelona, 1981, pp. 13 y ss.

Hay, por tanto, una tendencia a adelantar a los últimos decenios del siglo XIII los inicios de la inflexión que, en opinión de H. Pirenne, estarían en los comienzos del XIV.

La prosperidad de los tiempos pasados opuesta a la miseria del presente constituye una figura sumamente popular. Así, hacia el 843, NITHART escribía que «entonces (tiempos de Carlomagno) todo era abundancia y alegría, y hoy es miseria y tristeza», cf. DELORT, R.: *Charlemagne*. París, 1986, p. 102. Con la crisis del Bajo Medievo, se hablará en Francia de «los buenos tiempos del señor San Luis», expresión que trasciende la pura nostalgia.

Las sucesivas catástrofes de la primera mitad del XIV acentuarán estos sentimientos de frustración. La grave mortalidad sufrida por Cataluña en 1333 hizo que esta fecha pasara a la memoria colectiva como el «mal any primer», verdadera bisagra en la historia del Principado. No es necesario que insistamos aquí en el valor casi emblemático del 1348. Entre las víctimas de la peste negra en la Península se encunetran los casos —que no se dan en otros Estados de la Europa Occidental— de dos personalidades regias: Leonor de Portugal, segunda esposa de Pedro IV de Aragón, y Alfonso XI de Castilla, muerto en 1350 en el cerco de Gibraltar.

«El hombre cuya muerte se acerca debe, en efecto, deshacerse poco a poco de todo, y abandonar, en primer lugar, los honores del siglo. Primer acto, primera ceremonia de renuncia. Ostentatoria, como van a serlo los actos que seguirán; pero las bellas muertes en este tiempo son fiestas, se despliegan como sobre un teatro ante gran número de espectadores, ante gran número de oyentes atentos a todas las posturas, a todas las palabras, esperando del moribundo que manifieste lo que vale, que hable, que actúe según su rango, que deje un último ejemplo de virtud a los que le seguirán. Cada uno, de este modo, al dejar el mundo, tiene el deber de ayudar por última vez a afirmar esta moral que hace mantenerse en pie al cuerpo social, y sudecerse las generaciones en la regularidad que complace a Dios»¹³⁹.

Si esto se esperaba de un alto dignatario ¿qué no se iba a esperar de un rey?

Y, a mayor abundamiento, ¿qué mejores agentes que los monarcas para popularizar un espíritu y, sobre todo, unos preparativos ante el trance supremo?¹⁴⁰.

Las bajas que la epidemia cause en Europa llevarán al cronista inglés WALSHINGHAM, T. a escribir: «el mundo no volverá jamás a encontrar fuerza para recuperar su vieja prosperidad», cf. PÉRNAUD, R.: *Histoire de la bourgeoisie en France. I. Des origines aux temps modernes*, París, 1981, p. 194.

¹³⁹ DUBY, G.: *Guillermo el Mariscal*, Madrid, 1985, p. 9.

¹⁴⁰ A otros niveles, el de la muerte «después de la muerte», D. Menjot se ha expresado en relación con los funerales de reyes castellanos. Estas ceremonias y las sepulturas se convertirían en símbolos de la importancia y continuidad de la función real. «Les funerailles des souverains castellans du Bas Moyen Age racontées par les chroniqueurs: une image de la souveraineté», en *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nice (Melanges Jean Larmat)*, 1982, p. 195.